

Moisés Sánchez-Franco

**RELATOS
PARA MORIR CON
LOS OJOS ABIERTOS**

SOCIEDAD ELEFANTE
UNMSM-CEDOC

Moisés Sánchez-Franco

RELATOS
PARA MORIR CON
LOS OJOS ABIERTOS

DONACION

SOCIEDAD ELEFANTE

UNMSM-CEDOC

Moisés Sánchez-Franco

RELATOS
PARA MORIR CON
LOS OJOS ABIERTOS

DONACION

SOCIEDAD ELEGANTE

UNMSM-CEDOC

A Natty Franco
que combatió con demonios
y fantasmas, y venció.

A New Text
que cambia con demencia
y fantasmas y venas

EL ABYECTO

Es cierto que mis ojos están llenos de telarañas y que mis manos ateridas han congelado diversas manos y hombros. Es cierto que devoro a mis propios caballos para saciar el hambre, y que tengo manías extrañas y solitarias. No desconozco que para muchos soy una persona despreciable. Pero sepan todos que existe un hombre más horrendo que yo, un auténtico mal soñado, que irónicamente lleva una cruz de fuego en el pecho y siempre luce una elegancia intachable. Esa criatura aberrante carece de nombre, pero yo lo llamo, simplemente, “el abyecto”. Basta saber que goza apagando los quinqués en las barricadas o acariciando con el pie, en medio de una agradable cena, la pierna de la hija menor de su anfitrión, para darse cuenta qué clase de espíritu diabólico posee ese hombre.

Cada tanto llega hasta mi cabaña con nuevas crueldades bajo el brazo: viene de levita, con el paso cansino, la frente sombría, y esa grave apariencia de jamás haber visto bien a un hombre o de no haber posado la mirada, como se debe, sobre el cuerpo tibio de una mujer. Como el frío del campo es insoportable, me gana la piedad y lo invito a entrar. Ambos nos miramos burlonamente por un buen rato, como si conociéramos la verdadera calidad de nuestros pensamientos.

Pero él se anticipa siempre y, con un gesto diestro, mete sus fríos dedos en mis ojos. Sin decir palabra, saca un par de arañas rojas y masticando con la boca abierta se las traga lentamente. Entonces, su cara hosca se me figura la de un pequeño cuervo y su levita, las alas transparentes de un león. Quizá sea por ello que permito tal atrevimiento. Cuando termina de comerse mis arañas, me pide disculpas por su exabrupto y me explica, en son de broma, que éstas le dan una inusitada vitalidad. Luego, y sin razón aparente, empieza con las malévolas historias de su vida. A mitad del relato, lo corto bruscamente, poniéndole la más peluda de mis arañas en su boca. Decepcionado, compruebo que ya no observo en él nada peculiar. Bajando la cabeza para disimular el asco y dándole una palmada helada en el hombro, le digo que debe retirarse, a la vez que trato de mostrar una gran indignación. Mientras lo acompaño a la puerta, intento ocultarle cuánto en realidad aprecio su compañía, pues saber que existe un ser capaz de tales aberraciones, hace que me sienta menos miserable. Antes del abrazo final, me obliga a que le prometa más y mejores arañas para su próxima visita y, de ser posible, un buen vaso de vino caliente.

Desde el porche, al verlo alejarse incólume, con su silueta despatarrada sobre la hierba, no puedo dejar de pensar, sin cierto temor, que quizás su sombra alargada sea, como él siempre dice, la historia verdadera de nuestras pequeñas sombras.

LA ANTIGUA LEYENDA DE CAPERUCITA ROJA Y EL LEÑADOR

Es evidente; el leñador no ha muerto. Lo veo entrar y salir de las fauces del lobo todas las noches de mi vida. Cuando me sorprende espíándolo entre las sombras, se acerca hasta mí y me toma del mentón para que contemple bien su largo rostro olvidado. Aunque la luz sea difusa puedo ver su raído traje cubierto de baba y de un líquido muy parecido a la trementina. Apesta. Su aspecto es aterrador. Parece un hombre despojado de algo inherente a su propio ser. En ese instante pienso que, tal vez, el lobo en un último arresto de violencia trató de impedir su huída e hizo un esfuerzo a destiempo, y en ese forcejeo el leñador perdió algo; un amuleto, un arma preciada o las propias ganas de vivir.

—¡Váyase! —me grita indignado, soltándome, casi arrojándome con furia al suelo. —¿Por qué insiste en volver, en ponerse ese traje y atravesar el bosque? ¿Por qué no va hasta la campiña con esa gente vestida de luto que calienta sus manos junto al fuego?— Finalmente, casi sin aliento, me increpa:— ¡Qué diablos hace usted aquí! ¡Qué espera encontrar en un lugar como éste!

El leñador me habla con una autoridad, con una violencia que me hiere, tal como si fuera un lobo negro o el

peor de los brujos; sus palabras son arañas voraces que me saltan al rostro o un silencio de grillos y aullidos del bosque. Mientras me habla así, trato, sin éxito, de no ser afectada por la gravedad de sus frases, a la vez que busco con la mirada al lobo; aquél ser miserable y desfalleciente que dejó escapar de su vientre a su devorada presa. No tardo en encontrarlo; en un rincón, pegado contra la pared, diminuto, gracioso como un ratón, el lobo se arrastra entre tenues gemidos hacia la puerta que da al bosque. Malherido, intenta huir. Al verse descubierto por mi mirada retrocede y ensaya una inútil sonrisa de osezno. Lanza un balido para disimular su mortal fiereza y se lame las patas en un intento vano de demostrar indiferencia ante la derrota. El leñador, dándose cuenta de la situación, indignado y visiblemente enfurecido, me aparta con un brazo y se aproxima hacia su depredador, alzando una mano como si sostuviera un arma infalible y liquidadora. El lobo, en un gesto lamentable, pega el hocico al suelo y esconde la cola debajo del vientre abierto. No contento con ello comienza a dar vueltas alrededor de nosotros, a hacer tristes piruetas de perro para causar piedad, caer en gracia y evitar el hacha invisible pero certera, la cual irremediamente cae sobre su lomo, como una contundente descarga de risa.

—¡Salga de aquí!—me grita el leñador—yo me encargaré de este monstruo.

Conminada por esta orden, una vez más abandono la cabaña. Al cerrar la puerta aún escucho los palmazos, los chillidos tristes del lobo, entre los cuales adivino los lamentos del leñador que dolido fustiga cruelmente, pero ya sin motivo ni valor alguno, a aquél que por algún tiempo lo guardo del

frío y la azarosa vida. Desconsolada me llevo el pañuelo a la boca y corro para perderme entre los árboles, mientras ahogo un grito de espanto al comprender cómo viven su gloria las almas muertas de nuestros héroes.

EL FAQUIR

Nadie sabe que mi acto más asombroso no lo realizo en el centro de las plazas públicas ni en los bulliciosos mercados. Pocos pueden imaginarse que el milágro lo consigo a solas, rodeado de penumbra en la estrecha y solitaria pocilga que me sirve de cuarto. Me basta para ello con asegurar la puerta, apagar la bujía y tenderme sobre un lecho de clavos para dormir y empezar a ser otro; un comerciante de olivos, un astuto traficante de esclavos, un camellero barbado que viaja por Siria, con las bolsas llenas de monedas de oro o un príncipe que luce un buen turbante, el cuello perfumado, que recorre los desiertos acompañado siempre de diez hermosas mujeres que a luz de la luna no se cansan de repetir cuán querido es para cada una de ellas su bien amado esposo. Es tan magnífico mi sueño que despierto llorando, profundamente emocionado, y sintiendo aún en mi rostro besos tibios de mujer. Minutos más tarde, con el rostro pegado al espejo, me convengo de mi soledad, de la penosa realidad de mi cuerpo; sin embargo, dejo la tristeza de lado y, de inmediato, lavo las pocas heridas que los clavos han provocado durante el sueño, y una vez acabado con esto vuelvo a salir vacilante hacia la plaza más próxima llevando a cuestas mis sables, mis teas, mis serpientes y mis dagas, dispuesto a conseguir las monedas suficientes para pagar la

habitación, cuya soledad y pobreza permiten el prodigio.

Realmente creo que toda mi vida no tendría sentido si no tuviera aquellos magníficos sueños. ¡Y vaya si tengo que dormir en lechos de clavos para conseguirlos! Porque cuando he intentado dormir en una cama ordinaria, me he soñado como un faquir que reposa en una celda sin ventanas, muerto de hambre, sobre un tablado de clavos oxidados, al lado de un montículo de heno con olor a ratas y pájaros muertos. Y si reposo a la intemperie sobre cualquier otra superficie, la visión es aún más espantosa; me sueño como un camello que, cubierto de arena, agoniza muerto de sed en el desierto o como un hombre malherido arrastrado por caballos desbocados alrededor de un campo de batalla. Es horrible. Nada peor que seguir siendo uno mismo o algo parecido a lo que uno es hasta cuando cerramos los ojos y pretendemos deshacernos para siempre en la oscuridad.

Y, sin embargo, la gente está convencida que es en las plazas y mercados donde llevo a cabo mis mayores proezas. Lo sé porque en cuanto trago el fuego y escupo y escribo en el aire los siete nombres de Alá, o cuándo me devoro tres sables y luego al sacarlos de mi vientre nuestro victorioso tres corazones de león insertados en sus puntas, el público aplaude rabiosamente y emocionados arrojan sus monedas satisfechos, o comentan, con los ojos llenos de admiración, a algún otro espectador mis arriesgadas hazañas: “Increíble que a esa edad alguien pueda hacer esas cosas”, “Sorprendente, si parecía tan solo un viejo miserable”, “Qué asombroso, y sin lanzar siquiera un solo grito”. A pesar de que sonrío y recojo en mi turbante lo que me ofrecen, no saben la tristeza que en el fondo me da

verlos celebrar boquiabiertos, llenos de ese júbilo, de ese asombro penoso y estúpido que nos dan siempre los malos sueños y el mal amor.

¡Oh, cuánta lástima me da la poca perspicacia de las gentes, su total ignorancia sobre ciertas verdades esenciales! Nunca podrán saber que el verdadero arte de un faquir no consiste en tragar sables ni encantar serpientes ni en dominar el dolor, sino en saber cazar los grandes sueños que irremediabilmente reposan en los lechos de clavos, tal como decía mi maestro. Cada vez que me desaliento con el mundo recuerdo esas frases y revivo al sentirme un buen cazador. Porque muchos sueños maravillosos he obtenido; mil amores, mil países, mil riquezas y un sin fin de aventuras he conseguido en mis sueños. Y no me avergüenzo al decir que aquellas irreales experiencias me han hecho un hombre más de una vez dichoso. Aunque también, me es necesario confesar, algunas noches mis sueños me han provocado un desasosiego extraño que me provoca temblores y me deja en vela por varias noches. No faltan los días en los que, por ejemplo, sueño con mi maestro, a quien me lo figuro como un cruel fenicio que atraviesa tormentas y ve morir de escorbuto a sus somnolientos marinos, para después enfrentarse solitario a un ataque de piratas fantasmas y morir desgarrado por la furia de los garfios. Otras veces es un viejo y tullido barquero que con el resto de sus fuerzas, y sin quitarme la mirada de encima, me lleva penosamente de una orilla a otra. Al fin del viaje, y antes de cobrarme las monedas y despedirse me dice con voz temblorosa, observando mi rostro con profunda perplejidad, acaso reconociéndome con terror, “¿Sabe?, Me disculpará, me creerá

un viejo loco, pero... creo que siempre sueño que yo soy usted. Sí, sí dígame lo que quiera, seré un viejo loco, pero puedo jurar ¡por Alá! que es de usted el rostro y las ropas que tengo en mis sueños. Es espantoso, ¡oh, sí, algo realmente horrible! Nada más terrible que soñar noche tras noche con ser un pobre faquir y soportar solo y callado todo ese increíble dolor que la gente no sabe cuánto daño nos hace ni de qué forma se nos cobra luego. Sí, el dolor es un demonio desalmado que cobra a grandes creces si lo ignoramos. Sí, señor, eso lo sé muy bien por mis malditos sueños, ¡vaya si lo sé!. Pero no ponga esa cara, hombre, no se espante, ya sé que uno no debe condenar a los sueños, porque ellos son la forma del recuerdo que Alá tiene de nosotros. Y, sin embargo, Alá y usted me disculpen, pero jamás podrían imaginar qué tan bueno para mí es estar ahora despierto”.

CUADERNO DE APUNTES

(tres esbozos)

Sólo por esta noche

Un viajero atraviesa una fiera tormenta en un paraje desconocido. No demora en darse cuenta que necesita un refugio donde pasar la noche. A los pocos metros divisa una casa de aspecto siniestro. El dueño de la casa tiene un rostro indefinible; sus ojos y orejas son los de un trago. Éste le advierte que sólo puede ofrecerle un espacio en su granero. El viajero que tiritaba de frío acepta y le dice: “sólo será por esta noche, caballero. Sólo por esta noche”. Al entrar al granero siente que es encerrado por el dueño de la propiedad. No se preocupa, porque entiende la desconfianza que incita todo visitante. Al tanteo encuentra heno y paja donde decide recostarse y dormir. De inmediato, una imagen inesperada sobreviene: dos recaudadores de impuestos cuentan sus monedas en una taberna. Uno de ellos ambiciona quedarse con lo recaudado y fugar. Entonces, despierta. Tal vez por el inmenso cansancio ha dormido demasiado. Se da cuenta que la puerta del granero está abierta. Al salir descubre que la tarde está cayendo. Su anfitrión lo mira desde la ventana de su casa con una sonrisa misteriosa y los ojos brillantes. El viajero al

verlo se despide con la mano y le agradece por la posada. No llega a avanzar ni un kilómetro cuando la lluvia empieza a caer como chicotazos. A los minutos estaba sumido en una tiniebla espantosa. Continuar era imposible. Vencido, regresa a la casa desde donde partió. El dueño, quien parecía esperarlo en la puerta, lo recibe con una sonrisa y le señala el camino al granero. El viajero le vuelve a repetir: “sólo será por esta noche, caballero. Sólo por esta noche”. Al ingresar siente nuevamente el golpe del cerrojo a sus espaldas. Cansado, se recuesta sobre el heno y entonces suceden nuevamente las imágenes: ahora forcejea con el otro, quien advirtió sus intenciones. Un arma sale a relucir en la disputa. Una mano llena de sortijas empuña y dispara. Al despertarse, estaba aterrado. Nuevamente al salir nota que la tarde está por llegar a su fin. Desesperado, parte a todo galope sin decirle nada al dueño de la casa. Esta vez no cerró los ojos, ni dormía. Al cabalgar a toda velocidad sobrevino las imágenes de un sueño que ahora más bien se mostraba con la agudeza y vivacidad de un mal recuerdo: al estar herido su compañero, ha logrado despojarle los monederos. Trepa al caballo y empieza su huida. A los pocos metros siente el aguijonazo candente en su espalda. No llegó a liquidar al otro, quien con sus últimas fuerzas disparó en un intento de impedir la fuga. Recordó cuánto cabalgó mal herido, cómo arrasado por la fiebre perdió el rumbo. Luego la imagen aterradora de él cayendo del caballo a pocos metros de un lago, lo sobrecogió. La lluvia nuevamente empezó a latiguarle el rostro y la espalda. Una noche inesperada cayó. En las tinieblas sólo se podían distinguir sus manos ensortijadas las cuales estaban manchadas de una sangre fulgurante y caliente. Supo que debía

regresar cuando la oscuridad le trajo un rumor de voces muertas. Llegó casi llorando a la casa del hombre pequeño, quien nuevamente lo esperaba en la puerta esta vez con un candil. “Sólo por esta noche, por esta noche”, le dijo desesperado el viajero, sintiendo muy dentro el cerco de las sombras, mientras el hombre pequeño volvió a sonreír y le indicó, en un gesto de interminables repeticiones, el camino del granero donde dormiría el asesino mientras transcurriera la lluvia y duraran los infiernos.

El Cráneo

Una mujer guarda el cráneo de su marido en un cofre de oro. Cada cuaresma, al colocar el cráneo sobre sus pechos el marido vuelve a la vida hecho un amante joven, hermoso y lleno de vigor. En el acto, la mujer también parece rejuvenecer y adquirir una belleza sobrenatural. Dos o tres años más tarde, la mujer le comunica su secreto a otra que parece vivir desdichada. La mujer, luego de meditarlo mucho, corta la cabeza de su marido y culpa del crimen a uno de sus esclavos. Lo entierra y espera que los años y los gusanos limpien de carnosidades el cráneo. Cuando lo cree listo, lo desentierra, lo guarda en un cofre de oro y cada cuaresma lo pone sobre sus pechos donde su marido revive hecho un doncel hermoso y potente. Como la felicidad es inocultable y enemiga de los

secretos, el rumor se expande. Ahora, los hombres son tan sólo cráneos escondidos en cofres de oro, que reviven cada cuaresma sobre los pechos de las mujeres. Curiosamente no se quejan y hasta parecen vivir felices con su extraño destino.

La Pócima

Cuatro brujas intercambian fórmulas que permiten la metamorfosis. Una de ellas refiere que aprendió en las tierras de Egipto a transformarse en ave. Confiesa que basta con quemar las vísceras de cerdo en un fuego alimentado por los huesos de un niño y aspirar el humo para lograr tal efecto. Otra bruja cuenta que en los Libros Ocultos de las Sibilas halló la manera de transformarse en árbol. Tan sólo era necesario imitar los sonidos de los truenos y repetir “absilis ducan rexis” sobre un tronco quemado. La tercera bruja, por su parte desdeña tales propuestas por considerarlas demasiado vulgares. Cree que no hay nada mejor que transformarse en un rey por algunos días para atormentar a todo el pueblo que suele apedrearlas cuando una de ellas se cruza en su camino. Para lograrlo se necesita hervir las barbas o cabellos de los soberanos en la sangre de un puerco espín y de arpías. La cuarta bruja, la más anciana, golpea indignada con su bastón la cabeza de las otras. Su vejez y sus conocimientos le otorgan una autoridad especial sobre sus compañeras. “Tontas, son verdaderas tontas”,

dice colérica, “Podemos ser lo que queramos y nos conformamos con ser aves, árboles o reyes. Imiten a los dioses. Por eso, yo prefiero ser el miedo o el amor y llevar a la locura, a la estupidez, a la muerte o a la violencia a los mortales. Transfórmense en una belleza, en la oscuridad, en el rumor de la noche, en la soledad. Para hacerlo bien, primero observen detenidamente por toda una noche el ojo de un cuervo y luego sumérjense por tres días en un lago helado. Les aseguro que nada las hará disfrutar más, sobre todo en el amor cuando un segundo antes de que el o la amante muera o se condene le muestren el rostro auténtico de lo que quisieron. “¡Qué muecas, hermanas, entonces!, ¡qué hermosa les parecerá la decepción!”.

ELABORACIÓN DE LA PRECARIEDAD

Fatigamos varias tierras buscando el terreno más incierto o los volcanes más peligrosos en cuyas faldas debíamos construir nuestra ciudad. Los sabios y sacerdotes habían llegado a la conclusión que sólo se puede estar en armonía con la divinidad si se acepta que la belleza humana es pasajera; lo eterno y lo perfecto es propiedad de Dios. Como nuestro cuerpo y nuestros recuerdos nada debe sobrevivirnos, ni nuestros nombres ni nuestro lenguaje, el único que debe resistir al tiempo es la divinidad y sus infinitos atributos. Esa era la conclusión final a la que habían llegado los sabios y sacerdotes y nadie dudaba que era cierta. Cumplir con este designio era la única manera de salvarnos. Por deber, debíamos imitar la belleza divina, pero debíamos hacerla tan perecible y deleznable como la vida de un hombre. Sabíamos que gracias a nuestras escuelas contábamos con los artistas e ingenieros más dotados del orbe. Era fama que poseíamos las mujeres más hermosas y los guerreros más diestros. Por ello, destruimos con fuego nuestra vieja, tosca, pero resistente ciudad y decidimos errar buscando una tierra propicia donde edificar un nuevo reino cuya perfecta arquitectura sería hecha para ser devastada al poco tiempo.

Encontramos la superficie más adecuada en un territorio que los antiguos hititas llamaban ... Se trataba de la falda de un volcán temible a primera vista. La tierra temblaba cada

minuto y la boca del volcán arrojaba cada día cenizas y terribles fumarolas que ennegrecían nuestros rostros. Y, a pesar de ello, el paisaje era majestuoso. Se hallaba cercado de montañas verdes y colinas de suave pendientes. Además, su vista principal daba a un gran lago, el cual parecía un inmenso ojo de agua. El cielo abierto nos otorgaba diversos colores al mediodía, y por las noches su claridad permitía beberse todas las estrellas. De inmediato, concordamos que no hallaríamos lugar mejor. Al día, nuestros ingenieros y arquitectos comenzaron a diseñar nuestra nueva ciudad; no pasó ni un mes para que nuestros esclavos empezaran con la construcción. Compramos mármoles pulidos, caoba fina y forjamos grandes columnas de oro. Adornamos nuestros palacios con cúpulas celestes que por las noches daban la impresión de un planetario. Trajimos de diferentes partes del mundo nenúfares, flores de loto y los árboles de las manzanas doradas para decorar nuestros parques. En menos de un año llegamos a concluir la ciudad más hermosa que el hombre alguna vez haya visto. Todos nos paseábamos día a día por sus calles admirados por la belleza de nuestros templos, por los jardines colgantes, por los colosales anfiteatros, por las plazas en cuyo centro descansaban estatuas hechas de plata que nos recordaban los distintos estados del alma. Para cuidar cada uno de sus rincones se dispuso cuadrillas de trabajadores que limpiaban cada minuto lo que las cenizas persistentes del volcán ensuciaban. Todo era maravilloso, pero sin duda nuestro logro mayor fue el palacio real. Trabajamos en la misma boca del volcán, y desde ahí levantamos una torre revestida de plata y oro que dominaba los cielos y en cuya altura reposaba la habitación de nuestra reina. Desde allí observaba

sus dominios: el mundo, y nos contemplaba como Dios encubierta de truenos, relámpagos y cirros. Con todo ello, habíamos probado que la belleza divina era imitable siempre y cuando se alentara el trabajo de la gente de mayor talento e imaginación. Permitimos la visita de otros pueblos. Reyes, príncipes y comerciantes quedaron extasiados por lo que sus ojos incrédulos veían. Todos querían quedarse o siquiera conocer el nombre de nuestra ciudad, pero nuestras reglas eran estrictas. Sólo nosotros debíamos perecer entre tanta belleza y, por supuesto, guardar celosamente el secreto del nombre. Hubo fiestas todos los días y grandes sacrificios de animales y niños para agasajar a nuestro Dios y nuestras visitas. Hasta que el volcán empezó a desbordar sus masas de fuego. Entonces, nos reunimos en la capilla principal de cúpula celeste y columnas y pisos llenos de diamantes y zafiros desde cuyos vitrales veíamos cómo el volcán expulsaba al cielo las piedras incandescentes y sus torrentes de muerte en busca nuestra. Nadie intento huir. No había tranquilidad, pero tampoco miedo. Tal vez, al ver la muerte cerca, muchos recordaban los países que visitaron, el rostro del amor que conocieron o entreveían la calma de lo eterno. Sospecho que todos en algún momento sintieron piedad por nuestra reina, pues sabían que con las primeras explosiones poco quedaba de su palacio. Cuando vimos la lava descender y devastar las primeras casas y edificios las lágrimas inevitablemente corrieron por nuestros rostros. Algunos, conocedores que nada quedaría, me pidieron escribir algo sobre nosotros. Los sacerdotes me autorizaron siempre y cuando no mencionara nombres ni firmara lo escrito. Todos hicieron un círculo para dejarme en el centro del salón

con el pergamino y la pluma. Al principio, uno a uno me fue diciendo que poner hasta que se hizo un bullicio insoportable y los mandé callar. Ahora mientras escribo escuchó sólo el paso incontenible de la lava arrasando con nuestras casas y el quejido de nuestros animales abandonados en las puertas. Acabaré cuando la lava arremeta contra los portales de piedra labrada de la capilla. Será cuando encierre este pergamino en una urna de hierro con recubrimiento de piedra, el cual nuestros orfebres aseguran resiste al tiempo y a las más altas temperaturas. Dudo si se será hallada alguna vez la urna. Tal vez quien encuentre este manuscrito no creerá ni entenderá algo de lo que escribo. Nuestra milicia se encargó de matar a los comerciantes e intelectuales extranjeros que sabían nuestra lengua, así como de destruir los libros que referían alguna noticia sobre nosotros. Quizás, pienso, es inútil lo que hago, pero qué tan necesario le parece a los sacerdotes, sabios y gente que me rodea y me ve escribir, con ojos llenos de fervor y esperanza, al saber que al menos lo indescifrable les permitirá sobrevivir.



APRODEH es una asociación conformada por personas que desde 1983 promueven la vigencia de los derechos humanos en el Perú.

¿QUÉ HACEMOS?

- ASesoría LEGAL
- DEFENSA DE CASOS
- CAMPAÑAS DE COMUNICACIÓN
- RECOPIACIÓN Y DIFUSIÓN DE INFORMACIÓN
- CAPACITACIÓN A TRAVÉS DE TALLERES
- PUBLICACIONES SOBRE DERECHOS HUMANOS
- PROGRAMA RADIAL "ACCIÓN URGENTE"
(MIÉRCOLES 9 A.M. VÍA RADIO CADENA 1200 AM)

Asociación Pro Derechos Humanos
Dirección: Jr. Pachacútec 980, Jesús María
Teléfonos: 431-0482/ 431-4837/ 424-7057
Fax: 431-0477
E-mail: postmaster@aprodeh.org.pe
Página web: www.aprodeh.org.pe

fidh

Federación Internacional de Derechos Humanos

11.60 Radio Noticias

Presenta:

La Divina Comedia

Domingos 10:00 a.m.

98.1 F.M.

sociedadelefante@hotmail.com

Año 3

Nº 8

Luis Valladares

ESCOMBROS

SOCIEDAD ELEFANTE

UNMSM-CEDOC

Luis Valladares

ESCOMBROS

ESCOMBROS

Hay

no queda nada

de seguir al infante

SOCIEDAD ELEFANTE

UNMSM-CEDOC

Luis Villalobos

ESCOMBROS

SOCIEDAD FILIANTE

UNMSM-CEDOC

ESCOMBROS

Hoy
no queda nada
ni siquiera el infinito

PARTIDA

Soy pequeño y miope
vivo sobre una roca
como junto con animales
de ellos no sé nada
yo también soy un animal
acabo de levantar la mirada
sé que ahora todo será distinto

TESTIMONIO

Con sus calles disueltas,
la noche es una cárcel oscura y solitaria
la luz del hombre baña los tejados
robando terreno y espacio lunar
y tu estás lejos
Las puertas se cierran con natural encomio
una y otra, con predecible función, una y otra vez
Puedo jurar que así ha sido
cada día contando los pasos
cada día naciendo de otro lado y
uno mira las paredes, no son más paredes
Siempre resulta raro decirlo
y otro, tal vez del otro lado,
ya lo medita y lo estudia
y elabora teorías, sinónimos, complejos y ecuaciones
Mientras que uno aún en su vaga memoria
nace tras los vientos
de norte a sur, de este a oeste
Realmente puedo jurar que así ha sido,
que antes de mí existieron otros que lo dijeron
y otros que no le daban importancia a las teorías
y hubieron más noches como la de hoy, y más calles
disueltas,

y más días sin abrazos, y más horas llenas de paja
Pero no hay importancia en cuántas veces,
cuántas horas, cuántas personas
no importa un testimonio
ni que elabores tus teorías y ecuaciones,
sino que de distancias ya no te quedan dudas.

DEATH COMES IN THE FORM OF A HORSE
COVERED IN SHINING EQUATIONS

-Sarah Manguso-

se descubren
las ventanas
entre cada hora y palabra
no existía ningún verbo
sólo el techo blanco
Las sombras se hacían largas
en el tiempo: una lámpara
era ahora una lámpara de dos metros;
un perro, un predador enorme

Es la única señal
que conoce
todas ellas entre cada espasmo,
giro y me quemó,
me estrello como una mosca en la ventana
con la excepción de que esta vez yo también tengo
un solo día de vida
Así grito como un cometa
atrás, atrás
lo sé, lo sé
un poco de aliento
eso fue todo

retrocedió sin una palabra
en las manos....
y con tres largas canciones
construí mi casa
sin puertas
dos pisos no eran suficiente
para trasladar ese cuerpo
lleno de arrugas a tan poca edad
¿habíamos pedido ser de otra forma
habíamos pedido ser parte de este corredor,
habíamos conseguido ser algo más
de lo que pudimos?
¿recuerdas cuando en los parques
nos abucheaban y
nos exigían unas
líneas de *Un Tranvía llamado Tedio*
o gritar unos versos propios
con el sello de ser ajenos?
¿recuerdas cuando
te mezclabas
entre la ropa
y dejabas el olor
de cada Agosto?
Ahora mírate aún estás
pequeño y viejo

DOBLE ESPACIO

cuando la infancia
era prohibida
y los soldados,
alineados en la acera,
caían derrotados por piedra y cascajo
no existía el mar
y mis manos eran tan sólo
el diagrama de algo soñado
sé que el tiempo ha matado a mis amigos
con sólo un beso
en cada una de sus mejillas
sé que me despedí de ellos estando en cama
con la página rayada del libro
y las medias usadas como pantuflas
y que las palabras eran estornudos
con paciencia en cada ceceo
Así vino conmigo el invierno,
el tiempo,
aquél gris resplandor de exhausto aliento,
y recordé haber sido su amigo,
habernos divertido con nuestras narices
pegadas en los vidrios
mientras los dedos
viajaban por un camino lleno de escarcha

y yo peleaba por conservar ese camino
pero tú con un suspiro lo borrabas
nos dimos que ser niño molesta
y me mantuve con las manos pegadas
a los buenos días
como una experiencia vigorosa
y quedé perplejo creyendo que esa tristeza era mía
que esa tristeza estaba más allá
de lo que cada cosa me decía
mi edad era diferente
había jugado en todas las azoteas
cuando te acurrucabas en cada hora de estío
mientras que ahora está permitido
levantarse de la mesa
y llegar sin luces a casa
no existen más álbumes viejos
ni figuras de plastilina marchita
¿qué de aquella infancia
con libros y aviones en cada cena,
qué de las manos llenas de barro
y los pies meciéndose en las sillas?
Todo es ahora un soplo,
una ráfaga de espera
¿quién soy yo
que se perturba con sólo verte;
recuerdas la amistad
y todas las trampas,
los senderos estrechos
en los que ahora esperas tras cada foto?

y en cada paso arrastras no un cuerpo
sino una esfera de agua
sino la cicatriz de las palabras.

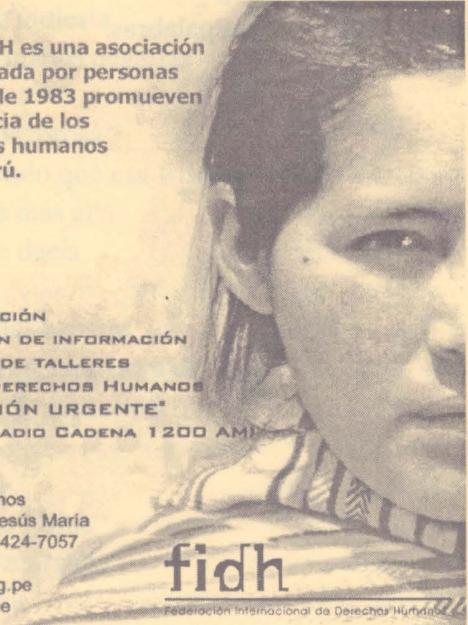


APRODEH es una asociación conformada por personas que desde 1983 promueven la vigencia de los derechos humanos en el Perú.

¿QUÉ HACEMOS?

- ASESORÍA LEGAL
- DEFENSA DE CASOS
- CAMPAÑAS DE COMUNICACIÓN
- RECOPIACIÓN Y DIFUSIÓN DE INFORMACIÓN
- CAPACITACIÓN A TRAVÉS DE TALLERES
- PUBLICACIONES SOBRE DERECHOS HUMANOS
- PROGRAMA RADIAL "ACCIÓN URGENTE"
(MIÉRCOLES 9 A.M. VÍA RADIO CADENA 1200 AM)

Asociación Pro Derechos Humanos
Dirección: Jr. Pachacútec 980, Jesús María
Teléfonos: 431-0482/ 431-4837/ 424-7057
Fax: 431-0477
E-mail: postmaster@aprodeh.org.pe
Página web: www.aprodeh.org.pe



fidh

Federación Internacional de Derechos Humanos

11.60 Radio Noticias

Presenta:

La Divina Comedia

Domingos 10:00 a.m.

98.1 F.M.

sociedadelefante@hotmail.com

Año 3

Nº 8

UNMSM-CEDOC